

ÁNGEL GÓMEZ MORENO
(Universidad Complutense de Madrid)

La huella del león y
el *Indovinello veronese* en La Mancha

(Historia, Cultura oral, Etnografía
y Genética de poblaciones)

Edición al cuidado de
AMELINA CORREA RAMÓN

GRANADA
2017

© ÁNGEL GÓMEZ MORENO.
© UNIVERSIDAD DE GRANADA.
LA HUELLA DEL LEÓN Y EL INDOVINELLO
VERONESE EN LA MANCHA.
ISBN(E): 978-84-338-6117-7.

Edita: Editorial Universidad de Granada, Campus Universitario de Cartuja.
Preimpresión: Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S.L. Granada.
Portada: José María Medina Alvea.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

*A Villatobas (Toledo), reservorio de cultura tradicional,
y a Rosario Moreno Montoro, garante de su transmisión.*

PALABRAS PREVIAS

ESTE LIBRO, a pesar de su tamaño, es diverso por sus temas y su forma. Inicialmente, con él sólo pretendía recoger, convenientemente comentado, un testimonio español de *La huella del león*, en la versión que denomino *vulgata*. Este cuento presenta una proyección espacio-temporal difícilmente parangonable, ya que lo tenemos en el Antiguo Testamento (con la historia del rey David, enamorado de Betsabé, esposa de Urías), es refundido en la India y Persia y arraiga profundamente en la literatura árabe. De ella, parte la versión inserta en el *Sendebär* o *Libro de los engaños e los asayamientos de las mujeres*, una traducción del árabe al castellano encargada por el infante don Fadrique, hijo de Fernando III el Santo, y concluida en 1253.

En ese proceso de transmisión, el cuento cambia de sentido y se transforma en una especie de apólogo ideal, en un paradigma de cuento moralizante. Ya no tenemos al rey enamorado que logra lo que pretende (entre otras cosas, porque hay casadas dispuestas a incurrir en adulterio con tal de satisfacer a su señor, como en la *Comedia Milonis*, *De Milone Constantinopolitano* o, simplemente, *Milo*, obra que Matthieu de Vendôme escribió ca. 1160). En su versión más difundida o *vulgata*, *La huella del león* tiene como verdadera protagonista a una mujer virtuosa, que convence al rey de que se abstenga de hacer todo lo contrario de lo que él mismo ha

estipulado en las leyes del reino. El retorno inesperado del marido receloso, que entra raudamente en su dormitorio, obliga a salir al rey con tal prisa que olvida sus zapatillas.

En la escena final, el marido y sus familiares acuden a la corte y presentan su caso al rey por medio de una metáfora mantenida (por ello, es mejor calificarla como alegoría) de signo erótico: la de labrar la viña, que en otros casos es un huerto o, sin más, una tierra. El marido dice al rey que, hasta el día previo, en que vio, para su mal, la huella del león en el suelo de su viña, él le dedicaba su esfuerzo cotidiano y la labraba con todo amor. Ahora, sabedor de que por allí anda la fiera, ni siquiera se atreve a entrar en su propiedad. El rey no tiene ninguna duda sobre el pleito apenas velado que conlleva la denuncia del esposo; por ello, primero se siente en la obligación de certificarle que el león no le ha causado ningún estrago; además, le garantiza que la fiera nunca volverá a su viña. El denunciante, tranquilo y seguro, puede volver a su rutina y trabajar su viña con el amor que hasta ahora ponía en esa tarea.

Este es el argumento del ejemplo primero del *Sendebär*, que se mantiene en la que recién acabo de marcar como versión vulgata del cuento, que se proyecta en dos ramas o subtradiciones: una italiana y otra hispánica o, si se prefiere, ibérica. En los capítulos II y III de la introducción, todas ellas se estudian con el detalle que merecen; por ahora, basta decir que la vulgata se caracteriza por adoptar la forma de un prosímpro (esto es, porque, en su brevedad, alterna la prosa y el verso) y por beber al mismo tiempo de dos géneros literarios bien definidos en la literatura europea del siglo XIII, en que, supuestamente (y nada más que eso), ya existía la vulgata. Me refiero a la *tenzone* italiana, la *tenso* occitana, la *tençó* catalana y la *tenzón* gallego-portuguesa.

En castellano, el género es bien conocido, aunque no hay un término que equivalga exactamente a los citados (al

menos, no nos ha llegado en ninguno de los cancioneros del Medievo tardío). Igual que en latín sirve el genérico *disputatio* o *altercatio*, en castellano cumplen su función diferenciadora los términos *disputa* o *debate*; del mismo modo, cabe apelar a un género que engloba contenidos de una variedad sorprendente: las preguntas y respuestas (así se expresa, y coincido con él, Casas Rigall 1995: 138-147, que se ocupa también de un género tan raro y curioso como el tardío perqué en que Juan del Encina brilló a gran altura). Falta, no obstante, un referente literario más. Me refiero a un género especialmente poderoso que entra en la fórmula compositiva de *La huella del león* y encuentra refugio donde menos se sospecha: el *indovinello* italiano o adivinanza española, que nos aguarda en refraneros, adivinanceros, cancioneros y en otros reservorios.

Porque los hermanan su forma, su marcada oralidad, el uso de la misma metáfora, su resistencia al paso del tiempo y su vigorosa proyección en Italia y España, queda plenamente justificado el estudio del *Indovinello veronese* con *La huella del león*. Con respecto al uso traslaticio de “arar la tierra” (si dijésemos *sembrar* sería demasiado obvio), el sentido erótico característico de *La huella del león* desaparece por completo; en su lugar, tenemos una imagen que refuerza el carácter propedéutico de cualquier adivinanza, ya que fija su atención en el mecanismo que hace posible la cultura libraria: la escritura. No necesito recordar que, en la formación de cualquier individuo, el primer nivel les corresponde a los sentidos del tacto, olfato y vista; en segundo término, tenemos la transmisión del saber por vía oral; en un nuevo grado —un verdadero paso de gigante, a decir verdad—, llega el turno de la lectura; por fin, el cuarto y último nivel es el de la escritura. A este respecto, basta incidir en el hecho de que hay individuos capaces de leer, pero no de escribir; en cambio, el supuesto contrario sencillamente no existe.

Este libro atiende a un cuento minúsculo y a una adivinanza que lo supera en su brevedad, por tratarse de un requisito genérico. Sólo se me ocurren dos géneros literarios que superan a la adivinanza en este sentido: dos parientes tan cercanos como son las invenciones o letras de justadores y los motes. Ambos aparecen claramente definidos en el prólogo de Hernando del Castillo a su *Cancionero general* (1511); en ambos, verso e imagen forman una unidad indisoluble. En la invención o letra de justador, la relación entre la cimera que remata el yelmo o morrión —que también puede ser imagen bordada en una ropa— y los versos que la presentan se plantea como reto al ingenio. No cabe duda de que el esfuerzo principal cae del lado de quien compone la invención o letra, que bien merece llamarse *retador* o *justador*. A quien, por aceptar el reto, llamamos *mantenedor*, le corresponde un ejercicio aún más complejo. Todo lo explica el hecho de que, antes de contestar con una invención o letra no menos ingeniosa (a modo de respuesta o de glosa), el mantenedor ha de decodificar la compuesta por el retador.

En el caso del mote, género este estrechamente vinculado con la heráldica (en los escudos de los linajes y poblaciones, que abundan en falsas etimologías, como la que vemos en el escudo de Daroca, en que figuran una, dos o varias ocas que, sin duda, nada tienen que ver con un topónimo claramente prerromano, como indica Galmés de Fuentes 1999-2000: 63-64), su brevedad extrema (más que pareados son versos únicos con rima leonina) supone por sí sola una dificultad para captar el mensaje, pues el mote fuerza una exégesis en clave narrativa. En ese sentido, los nobiliarios se resumen a menudo en una retahíla de glosas a los escudos de cada linaje, con las armas y los lemas o motes que las acompañan. Al respecto, me basta un solo pero rotundo ejemplo: el de Gonzalo Fernández de Oviedo con sus *Batallas y quincuagenas* (escritas entre 1535 y 1556).

Cuando recalemos en el *Indovinello veronese*, corregiremos algunos excesos de la crítica italiana de antaño, que, en varios de sus principales representantes, se empeñó en abrir un abismo entre dicho texto y la cultura hispánica o ibérica. No estoy tan seguro de que el *Indovinello* haya sido trazado por una mano hispano-visigótica; no obstante tampoco lo estoy más de que su copista sea indiscutiblemente alguien natural o vecino de Verona o alguna población cercana. Ni siquiera estoy convencido de que estemos ante un texto que merece llamarse vernáculo en mayor medida que otros muchos que presentan unas características comunes. Lo único que me consta —y que deseo poner de relieve— es el éxito de que gozó esta adivinanza en la Península Ibérica, desde la Edad Media hasta el presente, y además sin cortes o altibajos aparentes. La adivinanza de la escritura tiene entre nosotros, como antes tuvo entre nuestros antepasados, un éxito que hace falta valorar en sus justos términos. No pretendo llegar al otro extremo, esto es, a pasar de la ignorancia de la subtradición peninsular a su sublimación absoluta. Si algo anhelo, es poner cierto orden, y nada más.

En el capítulo IV, verán cómo, de los datos obligados en una ficha etnográfica, he pasado a un relato biográfico y autobiográfico que —aunque lo imaginaba, muchos me lo han confirmado cuando amenacé con suprimirlo— tiene su interés; además, he puesto mucho cuidado en sazonzarlo a base de bien. A los más curiosos les doy materia sobrada, ya que, en la misma medida, hablo de mi madre (en su condición de informante única), de mí y de todos los míos. En la ficha etnográfica debe figurar siempre el lugar en que la informante oyó el texto y donde, a su vez, lo transmitió o pudo transmitirlo en el pasado. Aquí me he explayado, pues al asunto le he dedicado la mitad del introito: nada menos que cuatro de los ocho capítulos de que consta. Rara es la ocasión en que una población menor y de escasa relevancia

histórica merece idéntica atención, y además de una manera que considero plenamente justificada.

Enseguida comprobarán cómo, dejados aparte los vínculos emocionales que nos unen a la tierra de nuestros antepasados, hay razones de sobra para atender a un pueblo del que acaso nunca habían oído hablar y que la mayoría jamás habrá pisado: Villatobas (Toledo). En el capítulo IV, me ocupo del topónimo, de su significado y hasta del sentido que cabe darle en relación con El Toboso y el diseño del *Quijote*. Porque es ingrediente obligado en una ficha etnográfica cualquiera, antes pongo énfasis en un hecho relevante, que todo folclorista, etnógrafo o estudioso de las tradiciones populares debería retener desde hoy: a pesar de su proximidad respecto de Madrid y las magníficas comunicaciones que unen Villatobas con la capital, se ha revelado como un reservorio de cultura tradicional de la mayor importancia.

No importa sólo que Villatobas haya puesto el paisaje de fondo a este testimonio oral concreto: lo principal es que su cultura campesina ha preservado un material literario y lingüístico del mayor interés. No me excedo, sino que digo la pura verdad: con su léxico, sus refranes, sus canciones, sus romances y narraciones, Villatobas ha hecho un servicio impagable a la literatura española al desenredar algunos de sus pasajes más abracadabrantes. Por si alguno siente curiosidad por saber a qué autores y títulos me refiero y cuáles son los pasajes elucidados, les remito sin más a la bibliografía que cierra este libro. En ella, hay varios trabajos propios que dedico a Juan Ruiz y a Cervantes en que la solución —de eso se trata propiamente— está en la cultura oral de Villatobas, viva gracias a la memoria de mi madre (y espero que, animados al tener noticia de este libro, aún aparezcan nuevos informantes). En el maremágnum de mis publicaciones, hay un sinfín de pinceladas alusivas a escritores de toda época que parten de esa misma fuente de información: siempre mi madre y siempre su pueblo.

Tiempo era de satisfacer, aunque no íntegramente, la deuda adquirida. Por eso, además de poner de relieve lo mucho que importa su cultura oral, me he tomado la libertad de ampliar la ficha etnográfica en el apartado correspondiente al lugar de transmisión del texto. Estoy seguro de que a nadie dejarán indiferente los capítulos VI, VII y VIII del presente libro, en que me sirvo al mismo tiempo de la Historia, la Filología (en particular, de la antroponimia y toponimia) y, como adelanto en el subtítulo, de la genética de poblaciones. Ello me sirve para explicar de qué modo nacieron y se desarrollaron los pueblos madrileños situados en la ribera del río Tajo y afluentes, como también Ocaña y, con ella, Villatobas del lado toledano. Al final, se comprobará lo interesantes que, para cualquier lector curioso, pueden llegar a ser algunas poblaciones de escasa relevancia en opinión de la Historiografía. Lo que ahí cuento ni siquiera dejará indiferentes a los naturales de otras regiones de La Mancha, incluida una buena parte de Ciudad Real, provincia a la que atiendo en especial en mi estudio del *Indovinello veronese*.

Todo comienza con la llegada de Alfonso VI a Toledo, ciudad que conquistó en 1085. En sus tropas, eran mayoría los vascos y foramontanos, que dieron nombre a una fortaleza árabe situada en el río Tajo, en un lugar equidistante de Ocaña y Aranjuez. Se trata de Oreja, nombre que luego haría suyo otra población situada en la orilla opuesta, en la provincia de Madrid: Colmenar de Oreja. No creo, por tanto, en la existencia previa de una Aurelia romana, nombre que, tras evolucionar con arreglo a los dictados de la Gramática Histórica, desembocaría en Oreja. Mi opinión, mientras no haya pruebas que demuestren lo contrario (hoy no las hay y las que supuestamente cumplen tal función son espurias), es que el nombre no se creó *ex nibilo* sino que se le tomó prestado a una población vasca de orografía parecida: la Oreja guipuzcoana, que, además de topónimo, es antropónimo para

cientos de individuos de Guipúzcoa y Navarra, pero también de Salamanca y Badajoz.

De este asunto me ocupo en los capítulos VI y VII, en que recurro a la Historia y la toponimia. El capítulo final demuestra lo mucho que puede dar de sí una herramienta que los especialistas en Historia antigua y Lingüística comparten con genetistas, biólogos y médicos: la genética y, más concretamente, la genética de poblaciones. Gracias a los mapas de haplogrupos se comprueba que dos son las regiones de España más intensamente repobladas por individuos procedentes de los Pirineos: La Mancha, con vasco-españoles y vasco-franceses; y las Islas Baleares, con grupos llegados desde el Pirineo ilerdense, el *Midi* y la comarca del Alto Ampurdán. He dispuesto todo en los tres capítulos finales para que cuantos consideren que la materia no va con ellos pasen directamente a la lectura del texto de *La buella del león*, al que sigue el *Indovinello veronese* y sus correspondencias en España. Si el texto único de *La buella del león* remite a Toledo, en el caso del *Indovinello*, su ámbito de investigación primordial se halla —de algún modo, ya lo he dicho— en la provincia de Ciudad Real.

Desde aquí doy las gracias a cuantos se han interesado por este libro y lo han leído con el lápiz en la mano y la intención de corregir algunos de mis excesos (¡qué bien me conocen!) o, si se tercia, reconvenirme. Por pura contumacia —no porque me asista la razón—, me he resistido a introducir una serie de cambios en la hoja de ruta inicialmente trazada; en cambio, son muchos los detalles en que he seguido sus consejos, por sabios y por prudentes. Aunque son muchos más mis lectores, en este caso no puedo sino mostrar mi agradecimiento por los comentarios, sugerencias o simples guiños de colegas tan ilustres, admirados y queridos como Álvaro Bustos Táuler, Demetrio Castro Alfin, Luis Fernández Gallardo, Fernando González Ollé, Jaime Olmedo, José Antonio Pascual, José Ignacio Pérez Pascual, Joan Rafael Ramos y Ramón Santiago Lacuesta.

Es momento de recordar una grata velada con el matrimonio formado por Maite Echenique Elizondo y José Miguel Embid Irujo, catedráticos ambos de la Universidad de Valencia (ella de Lengua Española y él de Derecho Mercantil). Durante la cena, discutimos acerca de dos de las voces comentadas de paso en el capítulo octavo de este libro: *marica* (sinónimo de urraca) y *andosco* (voz del pastoreo con que se alude al cordero entre los dos y los tres años).

Por su sempiterna disposición a ayudarme a mí y ayudar a todos cuantos lo precisan, la deuda que tengo adquirida con mi discípula Patricia Aznar Rubio no hace más que crecer y crecer. Con su acuse de recibo, otro gran discípulo, José Miguel Olabarria, deja constancia de su sensibilidad extrema en todo lo que tenga que ver con la literatura (no digamos con el vino, lo que nos une mucho más si cabe).

Dos personas han hecho posible este libro, como refiero en el capítulo primero del introito: la profesora Amelina Correa Ramón y el profesor Rafael Peinado Santaella. En ambos (aunque lo que digo parezca imposible, considerados sus méritos sin cuento), su calidad humana queda por encima de su altísimo nivel profesional. De los dos he de decir que son un lujo no sólo para la Universidad de Granada, sino para toda la Universidad española; por sus infinitos detalles y, sobre todo, por el cariño con que me tratan, los tengo no por colegas, sino por amigos muy, pero que muy especiales. En fin, lo que habría de expresar con respecto a mi mujer, en esta y otras ocasiones, no encaja propiamente en un apartado en que los agradecimientos andan a vueltas con los afectos. Lo nuestro no es para pregón.

Madrid, primavera de 2017.

El autor

1

La huella del león
(*arar*, metáfora sexual)

(A)

INTRODUCCIÓN

RAZÓN DE SER Y FORMA DE UN LIBRO INESPERADO

A MEDIDA que el lector vaya pasando las hojas de este libro, comprobará que lo he aligerado de tal forma que, en varias de sus secciones, se asemeja a un ensayo. A este respecto, el DRAE de 1992 acierta cuando, al definir la voz *ensayo* en su segunda acepción, incide en su concisión y en la ausencia del aparato erudito característico de la monografía académica (apelo a la cursiva para resaltar lo que más me interesa): “Escrito, *generalmente breve*, constituido por pensamientos del autor sobre un tema, *sin el aparato ni la extensión* que requiere un tratado completo sobre la misma materia”.

Dejemos a un lado la última parte de la definición (me refiero a la oración de relativo), en la que el lexicógrafo no ha hilado tan fino. Por desgracia, los dos rasgos definidores del ensayo, su brevedad y una ligereza que resulta de la ausencia de notas, han desaparecido de la versión electrónica del DRAE (recurro de nuevo a la cursiva con el mismo propósito): “Escrito en prosa en el cual un autor desarrolla sus ideas sobre un tema determinado *con carácter y estilo personales*”. En este caso, el experto acierta al cargar las tintas sobre el estilo del ensayo, aunque no queda en absoluto claro a qué se refiere con eso que llama *carácter*. Al ensayo lo delatan su brevedad, su esencialidad y su voluntad de estilo.

En atención a la segunda característica, el ensayo se resiente cuando la anotación es profusa y prolija, cuando da cuenta

de todos los experimentos y análisis que conducen a unas conclusiones o sustentan una determinada idea (por medio de tablas, gráficos y fórmulas) y cuando la bibliografía se pretende exhaustiva y sus fichas se adaptan a un patrón concreto, nacional o internacional (bien conocido es el de la Modern Language Association). Si atendemos a esta sección, mi libro muestra su condición de híbrido literario porque, a pesar de su brevedad relativa y de una prosa que se pretende ágil, se apoya en una bibliografía típicamente académica por la naturaleza de sus fuentes, el formato de sus fichas (acorde con uno de los estándares al uso) y el modo en que se engastan en el discurso.

En último término, a diferencia del trabajo académico (al que muchos, en lo que no es más que un calco del inglés, llaman *ensayo académico*), el ensayo no es propiamente una investigación, por lo que de él no cabe esperar el rastreo de nuevos datos, la solución de enigmas o la satisfacción de alguna necesidad o carencia. Por norma, el autor de un trabajo académico es un técnico o experto en la materia sobre la que escribe; en cambio, la autoría de un ensayo puede recaer en alguien ajeno por completo a la especialidad de turno, como suele ocurrir en el periodismo de divulgación científica. Si observamos estos tres principios y —al menos durante el tiempo que dura la prueba a que me propongo someterlos— los convertimos en criterios excluyentes, se comprueba que de ensayo mi libro sólo tiene el tono y, a ratos, el aspecto. Lo de su brevedad es discutible, ya que no tiene sentido calificar de breve una glosa que da en libro cuando el texto glosado apenas si supera la media página.

Lo principal, no obstante, es la *voluntad de estilo* (el arraigo de este sintagma debe mucho a Marichal 1957), que el ensayista preserva a toda costa. Frente al ensayo, la prosa académica resulta manifiestamente pobre o muy pobre, tiene un estilo característico (que se hace merecedor de calificativos como *aséptico*, *frío*, *lacónico* e incluso *árido*) y apela a un metalenguaje

comprensible sólo para los iniciados, por lo que espanta al que solemos llamar *lector común*. A pesar de esos y otros deslindes razonables, no es nada sencillo distinguir entre el trabajo de investigación y el ensayo. Esto es particularmente cierto en Ciencias Humanas y Ciencias Sociales, veneros inagotables a los que el ensayista que recibe tal nombre —por lo común, un divulgador del ámbito del periodismo que suele contar con su columna semanal en un diario de tirada nacional— acude en busca de inspiración.

Ensayo en miniatura, la columna asignada al periodista en la sección de opiniones de un periódico cualquiera está pensada para captar a un destinatario no especializado y diverso en formación e intereses; por ello, el potencial del ensayo supera con creces el que pueda tener un trabajo académico. En cambio, por su esencia, el tipo de publicación que la recoge y el reducido número de sus destinatarios, la alta investigación llega —y no pretende nada más— a un lector concreto, al que, en el caso de la microespecialidad, incluso puede poner nombre y cara. En la soledad de la biblioteca, del laboratorio o del despacho, al investigador le resulta difícil entrar en contacto con la sociedad e influir en ella inculcando ideas, provocando reacciones o marcando líneas de actuación. En ese punto estratégico, se sitúa el ensayista profesional.

El ensayo, por lo tanto, no es —o, al menos, no es tan sólo— un sucedáneo del trabajo de investigación: no usurpa su lugar, sino que le sirve de estímulo e incluso de caja de resonancia cuando más falta le hace. Lo que sucede, sobre todo en los dominios recién señalados, es que el ensayo aprovecha para infiltrarse en el trabajo de investigación y, de esa manera, da en híbridos que, siempre que no escapen al control de quien escribe, gozan de las ventajas de ambas formas de escritura. En ese sentido, cuando el trabajo de investigación se mezcla con el ensayo puede llegar a un lector diferente de aquel para el que su autor acostumbra

escribir, un destinatario completamente ajeno a sus intereses y sus preocupaciones.

Entiendo que eso pueda ocurrir en este caso: que lo que cuento interese, más que por su materia principal (el estudio de un relato medieval que ha llegado a nuestros días por vía oral), por hechos tan curiosos como la repoblación de La Mancha por vascongados que han dejado su huella genética en los manchegos actuales. También puede ocurrir que alguien se sienta atraído por la atención que presto a ciertas poblaciones y lugares, como Villatobas, Oreja, Colmenar de Oreja, Ocaña, El Toboso, Aranjuez... Incluso puede darse el caso de que alguno considere más valioso lo que este librito puede tener de testimonio de una época o de relato personal.

El producto final, a la vista está, se ha resistido al diseño que le tenía preparado y me ha obligado a tirar por donde menos pensaba. Eso ha ocurrido porque, por encima del asunto de que me ocupo, están sus protagonistas: mi madre y el pueblo de mis antepasados. Las páginas en las que atiendo a ambos son aquellas en que el trabajo académico se funde en uno con el ensayo, si es que no son puramente ensayísticas. Para comprobar lo que digo, basta compararlas con los capítulos dedicados al estudio de *La huella del león* o con el que dedico al *Indovinello veronese*, dos ejercicios de naturaleza estrictamente académica. En las secciones y momentos en que mi escrito se acerca al ensayo o entra decididamente en su espacio, la frialdad y asepsia desaparecen y ceden ante una emotividad de las que soy la primera víctima. En esos momentos —acabo de decirlo—, se nota que me dejo llevar.

Que este libro no se le caiga a nadie de las manos a poco de cogerlo: ese es el verdadero principio rector que me ha movido en cada página. Su tamaño confirma que he cumplido con mi propósito de escribir una obra concisa; no obstante, lo cierto es que inicialmente había pensado

en un artículo extenso, pero pronto fue sumando páginas, y la verdad es que no hice nada por evitarlo. Del mismo modo, la ausencia de notas conviene a un texto de lectura dinámica, ajeno a las interrupciones del trabajo académico (que obliga a mirar en la parte inferior de la página en busca de la nota de turno, a dar saltos de una sección a otra, y hasta a ir de un tomo abultado a otro que no le tiene envidia). En fin, he procurado formular las ideas con claridad, elegancia y concisión.

Hay otro límite más difícil de establecer de lo que se imagina: el que separa el ensayo de la ficción pura. La culpa la tiene la infiltración de la realidad y el dato biográfico en los dominios de la ficción narrativa, fenómeno frecuente en la novela histórica, la novela de tesis, la novela de formación y algunas novelas marcadamente experimentales. De todo ello, nada hay en un libro como el mío, en que lo novelesco brilla por su ausencia. De todos los géneros que han tirado de mi mano durante su redacción, hay uno que me atrae en especial y que está presente —y yo diría que justificado— de principio a fin: la biografía y, junto a ella, la autobiografía. Que el lector sepa que queda a salvo de aleaciones extrañas, como la de una realidad o crónica novelada o la de un relato biográfico que nada tiene de tal y sólo aparenta serlo.

El único entrecruce de géneros que me permito, el del ensayo con la biografía (que, por serlo de mi familia más cercana, acaba siendo autobiografía), es inevitable. Lo explica que la preservación del cuento que da título a este libro y constituye su razón de ser se deba a mi madre y sólo a ella. Porque es obligación insoslayable por parte de quien lleva a cabo un trabajo de campo como éste, lo primero que hice fue escribir la ficha etnográfica que el folclorista debe cumplimentar en cada encuesta. Pronto, no obstante, me vi en la necesidad de rebasar esa línea y fui incluyendo toda una serie de datos curiosos que ponen de relieve la personalidad

de la informante y la especial relación que guarda con quien levanta acta de su recitación: no se trata de un experto cualquiera, sino de su hijo. Al rato, de la frialdad característica de estos instrumentos de trabajo no queda absolutamente nada. No preciso explicar por qué.

No es sólo la especial relación de un hijo con su madre. Lo principal es que, desde mi niñez, yo he sido el receptor al mismo tiempo que el transmisor potencial de lo que iba dando de sí su memoria: romances y canciones, cuentos y chascarrillos, refranes y términos desusados o completamente olvidados. Puede estar segura de que sabré cumplir con la función transmisora que me corresponde, aunque no sea a través del canal de la oralidad pura, sino por medio de una investigación académica. Por mis señas de identidad y mis circunstancias (soy un catedrático de universidad con treinta y cinco años de experiencia docente e investigadora y un largo número de publicaciones), mi capacidad difusora es muy superior a la suya, la de mi abuela y la de cuantas mujeres (pues mi madre casi siempre se refiere a mujeres en función de informantes) han servido de eslabones en la cadena imaginaria de la transmisión oral.

Nada he podido hacer por evitarlo: mi intervención en este proceso lo contamina, interrumpe y acaba con él de manera definitiva. Como estudioso, me corresponde levantar acta (acabo de servirme de esta metáfora suave) o, si se prefiere, me toca dar fe de un valioso caso de transmisión oral. Lo malo es que, al tiempo que lo hago, expido su certificado de defunción. Paradójico resulta que, con mi denodado esfuerzo por alargar su vida, esté adelantando una muerte que, por otro lado, nadie habría podido evitar. La seguridad de que este testigo español de la vulgata de *La buella del león* no habría encontrado un transmisor que lo fuese propiamente y respetase el conducto de la oralidad me exonera y consuela de algún modo.